

# La historia ejemplar de Tzvetan Todorov

Sandra Chaparro Martínez

Historiadora y traductora

E-mail: sandrachaparro@yahoo.com

Recibido: 18 de febrero de 2018

Aceptado: 20 de marzo de 2018

**RESUMEN:** Este artículo trata de la vida y obra del pensador Tzvetan Todorov (1939-2017), premio Príncipe de Asturias de las Ciencias Sociales en 2008. Se analiza la evolución del pensamiento de este autor polifacético, desde sus primeros estudios sobre teoría y crítica literaria hasta sus últimas opiniones sobre la memoria, el olvido y la función de la historia. Partiendo del marco conceptual de la Ilustración, en el que Todorov entiende que se siguen inscribiendo nuestros valores más primarios, el pensador búlgaro nos propone recurrir a la historia ejemplar para buscar vías de acción, validadas en tiempos pretéritos, a efectos de hallar soluciones prácticas a los muchos y graves problemas a los habremos de enfrentarnos en el siglo XXI.

**PALABRAS CLAVE:** Tzvetan Todorov, Ilustración, tentación del bien, memoria, olvido, historia ejemplar.

## 1. Introducción

En febrero se ha cumplido un año de la muerte de Tzvetan Todorov, el pensador de origen búlgaro, nacionalizado francés, conocido por sus estudios sobre la barbarie y la civilización, el miedo y la memoria. Fue Premio Príncipe de Asturias de las Ciencias Sociales en 2008, por representar “el espíritu de la unidad de Europa, del Este y del Oeste, y el compromiso con los ideales de

libertad, igualdad, integración y justicia”.

Este prolífico autor, traducido a veinticinco idiomas, llegó a París a los veinticuatro años para realizar estudios y nunca volvió a establecerse en Sofía, su ciudad natal. En Francia conoció a intelectuales de la talla de Jacques Lacan, Claude Lévi-Strauss, Pierre Vernant, Lucien Goldmann, Jacques Derrida y Roland Barthes; este último fue su maestro durante unos años en los que se dedicó a la literatura y

la simbología. En 1966 obtuvo un doctorado en psicología y en 1973 optó por adquirir la nacionalidad francesa. Fue profesor en la *École Pratique des Hautes Études* de París y de la Universidad de Yale. Vivió las revueltas universitarias de mayo de 1968, a las que calificó de “aire fresco”, porque condujeron a la creación de nuevas relaciones sociales y a una conciencia crítica de lo existente, aunque su familiaridad con el régimen comunista búlgaro le impidiera compartir los ideales políticos de los revolucionarios.

Todorov es un autor imposible de encasillar. Se le ha descrito como un observador lúcido y un humanista crítico, probablemente debido a su vasta erudición, que le ha permitido traspasar las fronteras de las disciplinas. “Siempre busco saltar las barreras, atravesar fronteras, descubrir la unión entre dominios aparentemente autónomos”, afirmó en una entrevista concedida a Catherine Portevin, publicada en forma de libro en 2002<sup>1</sup>.

Tras un primer trabajo dedicado a la poética de los formalistas rusos, artífices de la teoría y la crítica literarias, su interés se extendió a la filosofía del lenguaje, disciplina que concibió como parte de la semióti-

ca o ciencia del signo en general. Más tarde dio un giro radical en su carrera, tras reconocer que «había perdido las certezas científicas que sentía como propias durante el período anterior. La ciencia se volvió algo relativo tras mi apertura a lo histórico»<sup>2</sup>. La perspectiva histórica y antropológica que le dio el estudio de la función de relatos y símbolos, le llevó a hablar de ética y de política. En sus textos posteriores estudia asuntos tan diversos como la conquista de América, los campos de concentración nazis o la pintura flamenca.

Todorov se definía a sí mismo como un “hombre desplazado”, que había tenido que abandonar su patria y procuraba dirigir a su país de acogida una mirada límpida. En sus libros habla del mal, de la justicia y de la memoria, del desarraigo, del encuentro entre culturas y de las derivas de las democracias modernas. Comenta su vida en Bulgaria y en Francia, su amor por la literatura y su opción por la denuncia política. Su humanismo crítico, su extrema moderación, su aversión hacia los totalitarismos de cualquier signo y su rechazo del pensamiento blanco/negro le han convertido en un icono de intelectual ejemplar. Le interesaban los puntos de encuentro, los matices, las “zonas grises”.

---

<sup>1</sup> T. TODOROV, *Deberes y delicias*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2002.

---

<sup>2</sup> *Ibid.*, 80.

Era en ellas donde este pensador, eminentemente práctico, buscaba la respuesta a una única pregunta: ¿Cómo vivir? Todorov siempre demostró gran apego hacia el sentido y el valor de lo cotidiano, hacia los valores del mundo privado reservados durante siglos a las mujeres. Le irritaban los intelectuales, escritores o filósofos que hablaban con desprecio de las mujeres dedicadas “exclusivamente” al cuidado del cónyuge y los hijos. “Es negar el camino que ejemplificó mi madre, uno de los seres más admirables que he conocido. Me decía que esos gestos cotidianos de cuidado y bondad eran mucho más que los grandes proyectos revolucionarios: lo mejor que se podía hacer por nuestra pobre humanidad”, afirmó en una entrevista. “Un gesto atento o una mirada soñadora pueden convertirse en ventanas que nos permiten tocar de cerca lo absoluto. Hay que buscarle sentido a la vida aquí abajo, convertirla en digna de ser vivida”<sup>3</sup>.

En su calidad de historiador del pensamiento dedica varias de sus obras al análisis de la Ilustración europea, donde Todorov busca la historia que nos define y que sustenta nuestros valores más primarios. Convencido de la estrecha unión entre historia y literatura, de la gran eficacia del elemento

narrativo, busca en la Ilustración el relato de origen que nos define para intentar localizar el núcleo de nuestras desventuras actuales.

### 2. La cultura de la Ilustración

En el pensamiento de Todorov la cultura es parte de nuestra naturaleza humana. La define como una manera colectiva de concebir el mundo, de organizar el caos y de imponer códigos de conducta. Considera que, sin cultura, seríamos seres humanos incompletos, pues careceríamos de esa “cultura esencial”, anterior a los saberes particulares, que nos permite concebir el mundo y figurarlo. Entiende que la lengua es un ingrediente esencial de la cultura, como también lo son las formas de expresión no-verbal del grupo, las maneras de ser y de hacer y las obras del espíritu.

Tzvetan Todorov cree que la cultura de los pueblos se basa en leyendas muy antiguas, semi-míticas, que recogen relatos ejemplares del pasado y dan fe de la grandeza, las miserias y los valores que fundamentan la vida en común. En su opinión, para saber quiénes somos debemos analizar las historias que sustentan nuestra visión del mundo. En el caso de la cultura occidental, esto supone retrotraerse al discurso de la Ilustración. Como afirma al inicio de su libro, *El espí-*

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, 205-207.

*ritu de la Ilustración*, nos movemos en el marco conceptual diseñado por los ilustrados, que decidieron tomar las riendas de su destino e hicieron del bienestar de la humanidad su objetivo, imponiéndose en toda Europa a mediados del siglo XVIII.

Los ilustrados depositaron una enorme fe en el saber, la tecnología y la educación como remedio para los males sociales e individuales. Reconocieron derechos inalienables a los seres humanos por el mero hecho de serlo. Pero, sobre todo, se negaron a leer la historia como el cumplimiento de un designio o plan providencial. No buscaban la perfección, practicaron la perfectibilidad del hombre y del mundo en general.

Sin embargo, por muy loables que suenen estos logros, también se reprocha a la Ilustración haber proporcionado los fundamentos ideológicos del colonialismo europeo de los siglos XIX y XX. Los estados europeos, convencidos de ser portadores de valores superiores, creyeron su deber llevar la civilización a los menos favorecidos y ocuparon los territorios donde vivían otras poblaciones. En el siglo XX, los principios ilustrados se aplicaron asimismo en los regímenes totalitarios, que el papa Juan Pablo II calificó de “ideologías del mal”, añadiendo: “Si el hombre por sí solo, sin Dios, puede decidir

lo que es bueno y lo que es malo, también puede disponer que un determinado grupo de seres humanos sea aniquilado”<sup>4</sup>. Juan Pablo II acusó a la moral ilustrada de depender de la mera voluntad de quienes ostentan el poder.

Este efecto es el resultado del auge de un valor como la autonomía. Los ilustrados entendieron, que si Dios había creado a los hombres libres y les había dotado de razón fue para que se gobernaran a sí mismos. De ahí la importancia que daban a una educación sin sesgo ideológico. No pretendían dictar al discípulo lo que debía creer, sino enseñarle a pensar por sí mismo, a ejercer la crítica, a desenmascarar “prejuicios”. No buscaban solo ciudadanos cumplidores de la ley, sino individuos capaces de criticarla y de corregirla. Lo anterior no significa, sin embargo, que en las sociedades herederas de la Ilustración no haya nada sagrado, nada al resguardo de la crítica. En opinión de Todorov, lo que ocurre es que ya no hay que buscar lo sagrado en los dogmas o en las reliquias, sino en los derechos humanos.

Para nosotros es sagrada cierta libertad del individuo. Libertad para elegir el bien y dilucidar la verdad, para discriminar entre he-

---

<sup>4</sup> JUAN PABLO II, *Memoria e identidad*, La Esfera de los Libros, Madrid 2005.

chos e interpretaciones, entre ciencia y opinión, entre verdad e ideología. Libertad para fijar nuestros valores por medio del consenso. “¿A qué llamáis justo e injusto?”, pregunta Voltaire en uno de sus *Diálogos filosóficos*, y responde: “¡A lo que se lo parece al universo entero!”. La Ilustración proclama los derechos universales de todos los seres humanos, lo que implica la aceptación de la alteridad y de la diferencia. Pero Todorov advierte, que el reconocimiento de la pluralidad en el seno de la especie no debe hacernos caer en un relativismo radical ni inclinarnos a olvidar nuestra común humanidad.

Teniendo en cuenta los problemas que nos acucian a principios del siglo XXI, quizá debamos hacer buen uso de las enseñanzas de un movimiento que defendió que la pluralidad puede dar origen a una nueva unidad por medio de la tolerancia, el ejercicio del espíritu crítico y la toma de distancia necesaria para integrarse en algo superior. Seguimos viviendo en el marco de los valores ilustrados, pero hemos de adaptarnos a los cambios del nuevo milenio. En opinión de Todorov, para ser de utilidad, el discurso ilustrado no ha de considerarse una doctrina pasada de moda, sino una actitud ante el mundo.

### 3. Tentación del bien: memoria y olvido

Un buen precepto para nuestro siglo podría ser: comenzar por no combatir el mal en nombre del bien, sino luchar contra la seguridad de quienes pretenden saber siempre dónde están el bien y el mal. En *Memoria del mal, tentación del bien*, Todorov esboza la diferencia entre una persona moral y un moralizador. La primera vive su vida sometida a los criterios del bien y del mal más allá de su propia satisfacción o placer. El moralizador, en cambio, quiere someter la vida de todos a esos mismos criterios, juzga severamente a los demás y vive con buena conciencia; invoca la memoria del mal para aleccionar mejor a sus contemporáneos. Las personas o pueblos moralizadores plantean un peligro que Todorov denomina “la tentación del bien”.

La historia de cualquier parte del mundo demuestra que hay más víctimas producto de la tentación del bien que de la tentación del mal. Es decir, hay más personas y pueblos que se perciben a sí mismos como la encarnación de una idea del bien que desean imponer a los demás, lo quieran o no, en la vida privada y en la esfera pública. En política interior supone acabar con los “moral o políticamente incorrectos”, en política exterior el ejemplo evidente fue la coloniza-

ción. El pensador búlgaro afirma que debemos aprender a conjurar el mal sin caer en la “tentación del bien”.

Quien construye un relato para imponer su propia concepción del bien a otros, suele basarse en la memoria del pasado, que utiliza como ejemplo de lo que debe hacerse y de lo que no. Denunciar genocidios se supone necesario como advertencia a las sociedades futuras. La consigna es no permitir que el mal y sus consecuencias caigan en el olvido para que nunca vuelvan a repetirse los sucesos objeto de nuestro recuerdo.

Pero es una falacia, ya que la memoria misma juega con el olvido. Seleccionamos lo que recordamos. En realidad, la memoria es olvido parcial y reorientado, un olvido, a decir de Todorov, indispensable. De ahí que haya quien ha defendido la necesidad de olvidar para superar los peores crímenes contra la humanidad. En el Edicto de Nantes (1598), que puso fin a las guerras de religión en Francia, se optó por esta posibilidad. “Que la memoria de todo lo pasado, en una y otra parte [...] permanezca extinta y adormecida, como de cosa no sucedida [...] Prohibimos a todos nuestros súbditos de cualquier estado y calidad que sean, renovar su memoria...”.

Este curioso intento de “ordenar” el olvido no es el único caso. Pode-

mos citar ejemplos más alejados de nosotros en el tiempo y la cultura. A principios del siglo xv, el emperador azteca Itzcoatl ordenó destruir todas las estelas y todos los libros del reino para poder recomponer la tradición a su manera; un siglo después los conquistadores españoles se dedicaron, a su vez, a quemar los vestigios de la antigua grandeza de los aztecas. El olvido ocupa un lugar tan destacado en la creación de una identidad de grupo como los recuerdos. Y, teniendo en cuenta que el mantra “no hay que olvidar” no parece haber detenido los procesos de limpieza étnica, las torturas y las ejecuciones en masa que se siguen dando por doquier, quizá estemos menospreciando su utilidad.

El objetivo de las campañas de destrucción de la memoria ajena es convertir a quien las hace en guardianes de la civilización. Lo que reprochamos a nazis y comunistas no es que destacaran más algunos rasgos de su tradición cultural que otros, sino que se arrogaran el derecho a elegir los elementos que se debían retener. Si queremos progresar en la escala de la moral, deberíamos recordar páginas de nuestro pasado en las que nuestro grupo no fuera un grupo de héroes, porque lo moralmente relevante es tomar conciencia de las debilidades y de los errores cometidos.

Lamentablemente, nuestra memoria selectiva no es todo lo útil que debiera. Las grandes tragedias, los grandes enfrentamientos, suelen conducirnos al típico discurso amigo/enemigo, en el que nosotros desempeñamos el papel de civilizadores condescendientes con “los otros”, bárbaros, caóticos, arbitrarios, crueles, en definitiva, inhumanos. Nuestro discurso es moralizante (solo importa nuestra visión del bien), excluyente (los bárbaros no son humanos) y parcial. El resultado es que el miedo a los bárbaros puede convertirnos en bárbaros, si para defender nuestros valores democráticos nos vemos abocados a acabar con ellos.

En opinión de Todorov, para evitarlo, debemos recurrir a esa memoria común que pone a nuestra disposición toda una organización previa de la experiencia. Los individuos comparten conjuntos de representaciones colectivas que se transmiten oralmente o por escrito de generación en generación. Toda sociedad proyecta una imagen de sí misma, seleccionando hechos de su pasado y disponiéndolos en una jerarquía. La historia recoge, refleja y absorbe esas imágenes, que dan forma a una identidad colectiva al dotarnos de determinados valores morales y políticos que consideramos buenos (en nuestro caso democracia, igualdad de derechos, libertad, protección de las minorías, etcétera) hasta el punto

de que podríamos dar la vida por ellos. Pero, como bien advierte el pensador búlgaro en su obra, *El miedo a los bárbaros*, por muy caros que nos sean ciertos principios como la autonomía o la libertad, en ciertas circunstancias parecemos dispuestos a sacrificarlos a cambio de seguridad, por miedo al otro, a su cultura y a su violencia.

Todorov advierte, que la descripción hobbesiana de las relaciones humanas, que el filósofo inglés entendía dominadas por el miedo, puede llegar a adquirir visos de realidad si los que controlan la comunicación pública nos convencen de que estamos rodeados de enemigos y, por lo tanto, sumidos en una guerra a muerte. Esta idea puede llevarnos a bombardear, encarcelar arbitrariamente, torturar y matar a miles de personas para “exportar” nuestros valores al resto del mundo. Pero, el pensador búlgaro sugiere que existe otra forma mucho más eficaz de defender y difundir los valores que apreciamos: proclamarlos alto y fuerte y atenernos a ellos con el mayor rigor posible. Afirma que las ideas, valores y principios tienen una gran fuerza ejemplar que los profesionales de la guerra, lamentablemente, prefieren ignorar. En castellano se dice “predicar con el ejemplo”; vamos a dedicar las páginas que siguen a la eficacia del ejemplo en el pensamiento de Todorov.

#### **4. La historia ejemplar como guía de acción**

Aunque la reconstrucción del pasado a menudo esté al servicio del poder, también puede ser un acto de oposición crítica. Así lo afirma Todorov en su obra, *Los abusos de la memoria*, donde explica cómo se conservan ciertos rasgos de un suceso mientras que otros son inmediata o progresivamente marginados y olvidados. La memoria, que apela tanto a nuestras convicciones como a nuestros sentimientos, tiene un uso: determina el papel que ha de desempeñar el pasado en el presente.

Todo acontecimiento puede narrarse y entenderse de dos formas distintas: de forma literal o de forma *ejemplar*. En este segundo caso lo que hacemos es convertirlo en un modelo para comprender situaciones nuevas con agentes diferentes. En principio, los acontecimientos se reconstruyen de la forma más precisa posible, luego se los interroga por su sentido moral y se analiza el uso que el lector podría dar en su propia existencia al ejemplo de una vida concreta.

La historia ejemplar abre el recuerdo a la analogía y a la generalización, convirtiendo al pasado en un principio de acción para el presente. El ejemplo histórico nos permite dar un uso a nuestro pasado, aprovechar las lecciones de

las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy. Como bien afirma Todorov en *La memoria, ¿un remedio contra el mal?*, la impotencia de las víctimas, descrita con detalle en la historia tradicional, puede conmovernos hasta las lágrimas, pero no nos dice cómo debemos actuar.

Los ejemplos de lo que la comunidad considera vidas bien vividas, vidas ejemplares, son estándares normativos cuya peculiaridad consiste en fusionar realidad y normatividad. Se podría decir que la historia es capaz de producir un sistema de principios y reglas universales a partir de la experiencia política del pasado. Hoy, más acostumbrados a una historia "científica", debemos hacer un esfuerzo por entender el alcance y la originalidad de esa historia ejemplar, basada en relatos, aforismos o biografías. Pero, para los antiguos romanos y cristianos, no tenía precio contar con la guía de acción de aquellos antepasados que, encontrándose en situaciones similares a las que vivían sus descendientes, supieron actuar sabiamente. La historia de Tácito y las vidas de santos constituyen un buen ejemplo.

Los *exempla* o arquetipos son proyecciones condensadas de valores prácticos, no son una idea ni una entelequia, sino un depósito de experiencia indirecta que se ofre-

ce al usuario en forma de lenguaje e imágenes. Son experiencias creadas por un sujeto crítico que busca un modelo de acción. Puede parecer que la historia ejemplar es poética o filosófica, pero la verdad es que parte de sucesos históricos reales, de situaciones verdaderas en las que se reaccionó de cierta forma y se acertó o se falló. Este tipo de historia nos permite observar y analizar cómo se forman los modos comunes de pensar, sentir y actuar. Los arquetipos reflejan la diversidad de los puntos de vista desplegados a lo largo del tiempo en situaciones similares. Se crea un auténtico espacio público virtual, caracterizado por la pluralidad de figuras ejemplares a las que se puede utilizar con fines políticos para describir alternativas de acción. Los *exempla* condensan toda una cosmovisión; la opción por un arquetipo ejemplar u otro supone elegir entre dos formas de actuar totalmente diferentes. Aun hoy, pese a la distancia temporal, entendemos perfectamente la diferencia entre “actuar como vándalo” o “seguir el ejemplo de Cristo”.

Cuando la virtud se entiende como una forma de enfrentarse al mundo, las reglas de actuación se elaboran a partir de situaciones precedentes similares. Los *exempla* nos ayudan a elegir cursos de acción, estilos de actuación, no a reaccionar ante situaciones concretas. Su potencial didáctico es

inmenso. Al identificarnos con los personajes ejemplares, héroes o santos, al sentir compasión por ellos, concedemos un lugar a las emociones en la formación de los ciudadanos. Como método alternativo de enseñanza, los *exempla* nos permiten revivir el pasado y entender la actuación humana en el mundo. Además, contribuyen a fijar actitudes, creencias y hábitos sociales: son una excelente forma de socialización.

La historia ejemplar es un método que describe la vida pública del pasado con ejemplos de microhistoria, basándose en la vida de las personas. Este pasado debe ser asequible a todos, no solo a los historiadores y los gobernantes, porque los cursos de acción elegidos por los ciudadanos también importan. El relato ejemplar, a diferencia del análisis abstracto es accesible a un público no especializado. Recuerda al lector vidas y episodios, le plantea preguntas sin fijar respuestas. Podemos proyectarnos en los personajes, reales o imaginarios, de un relato ejemplar y salir transfigurados. “Se trata, en definitiva, de dotar al relato histórico de la fuerza de una novela”, afirma Todorov. «La historia ejemplar no se conforma con la exactitud de los hechos, sino que profundiza, descubre el sentido oculto, propone un marco que nos permite entender mejor lo

que han significado ciertos acontecimientos»<sup>5</sup>.

Este tipo de historia también tiene sus detractores. Hay quien considera que cada acontecimiento es único y singular y no admite generalización. Sin embargo, para que la colectividad pueda sacar provecho de las experiencias individuales, debe reconocer lo que estas puedan tener en común con otras. La memoria ejemplar generaliza, pero de manera limitada, no hace desaparecer los hechos, los relaciona entre sí estableciendo comparaciones. Descubrir que los grandes criminales de la historia son humanos como nosotros, implica reconocer que nosotros también podemos volvernos inhumanos. Todorov nos recuerda, eso sí, que la memoria del pasado será inane si la usamos para levantar un muro entre el mal y nosotros, si nos aferramos a lo que hacemos habitualmente: identificamos únicamente con los héroes irreprochables y las víctimas inocentes, afirmando que los agentes del mal no son humanos como nosotros.

## 5. **Conclusión: Todorov como *exemplum* del pensador**

Si realizáramos el experimento de considerar a Todorov un icono del

pensador occidental moderno, llegaríamos a la conclusión de que la tarea del intelectual consiste en pensar la existencia en el mundo, en examinar las ideas, las creencias y los valores, y en establecer teorías sobre la legitimidad vigente, sobre la justicia existente, sobre las limitaciones e insuficiencias de lo dado.

Como ejemplo de intelectual, Todorov fue un pensador resignado a moverse en el terreno de lo opinable, de lo variable, de lo perecedero, de lo sujeto a contraargumentación. El arquetipo de pensador que encarna propone en su discurso y en sus escritos una interpretación del mundo, pero lo más destacado de su mensaje es la necesidad de vincular las ideas a la acción. Como figura ejemplar, expresa una urgencia por la praxis y la transformación; desea convertir a todos los ciudadanos en actores críticos y responsables y adjudica un papel extremadamente comprometido a los pensadores profesionales.

La historia ejemplar no se basa en descripciones históricas al uso, sino en depósitos de modelos de acción reales, cuya oportunidad se juzga, no por su nivel de adaptación a valores o prescripciones *a priori*, sino por las consecuencias que tuvieron las acciones descritas. Es una historia pragmática, un punto de vista dinámico, li-

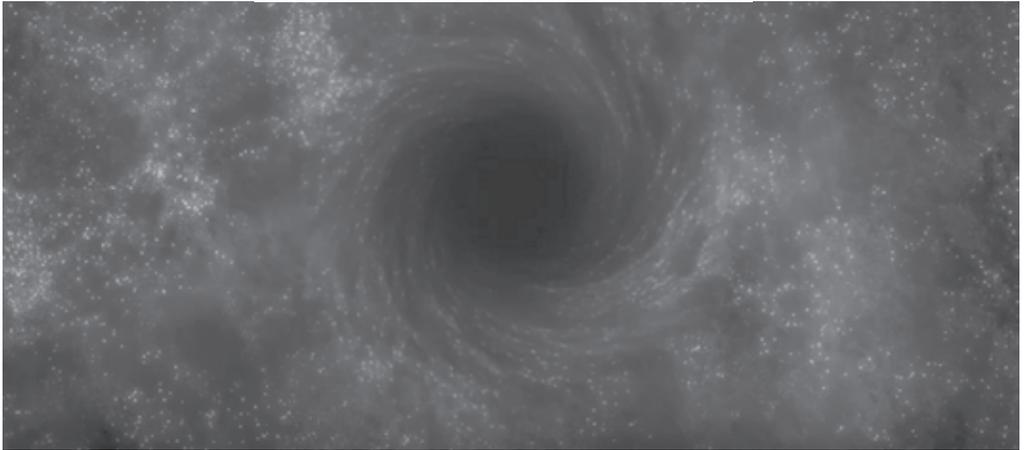
---

<sup>5</sup> T. TODOROV, *op. cit.*, 88.

gado al cambio, a la experimentación y a la reforma. En opinión de Todorov, estos depósitos de experiencia constituyen el único “fundamento” al que podemos aspirar para validar nuestros proyectos. En otras palabras, la historia ejemplar, basada en la comparación de modelos históricos de acción, está vinculada a la comunicación, a la conversación, a la educación mutua y a la crítica, es decir, a nuestros hábitos democráticos de discusión y deliberación conjunta.

El arquetipo de intelectual en el que se ha convertido Todorov se limita a tomarse en serio los principios que nuestros maestros nos enseñaron en la escuela y que nuestra sociedad ignora hipócrita y constantemente, con el objetivo de restablecer esa tensión entre

ideales y realidades que constituye la base de toda crítica. Sin embargo, una vez que se han localizado los puntos conflictivos, hemos de bucear en las guías de acción que nos brinda la historia ejemplar. Debemos ser capaces de situarnos reflexivamente en el lugar de otros seres humanos, que se enfrentaron a situaciones similares en otros tiempos, y contemplar los problemas desde su punto de vista. No se trata de perder o neutralizar nuestra propia perspectiva, sino de asumir reflexivamente las posturas, experiencias y problemas de los demás. En un mundo de elecciones trágicas, en el que los cursos de acción alternativos no parecen seguros y donde hallamos cada vez menos certezas, el *exemplum* que nos ofrece la vida de Tzvetan Todorov brilla con luz propia. ■



## **Comillas lanza el primer *MOOC* del mundo dedicado a cuestiones de Ciencia y Religión**

- El curso indagará, de manera transversal, en cuestiones clave que permitan un diálogo fructífero entre Ciencia y Religión.
- Los *MOOC* (Cursos Online Masivos y Abiertos) son cursos *online*, abiertos y gratuitos.

La inscripción ya está abierta.

Totalmente gratuita y existe la posibilidad de solicitar un certificado que acredite su realización:

<https://online.comillas.edu/courses/>